

notable, ocupar un puesto distinguido, para tener derecho de perder el tiempo; lo único que de ordinario ocupa es la inquietud congojosa de no saber en que perder el tiempo. Se hace una como ley, y aun tal vez se quiere tambien hacer mérito, de no saber hacer nada. Una pobre mujer á quien la fortuna del marido acaba de levantar del polvo de la tierra, creerá que se acreditaria de mujer ordinaria si la vieran trabajar. Evita un vicio que es origen de otros muchos; pero advierte que se puede perder el tiempo sin estar ocioso. La inutilidad de todo lo que no es para la salvacion, es una ociosidad culpable. Sean tu principal ocupacion las obligaciones de tu estado. ¿Déjante algun momento? pues no lo dejes pasar ociosamente. Las obras de caridad, algun honesto ejercicio manual, la oracion, la leccion de libros devotos ó útiles, son ocupaciones dignas de una persona cristiana. Hasta en las recreaciones, en los desahogos del ánimo y en las visitas, has de huir la ociosidad. La labor siempre parece bien en las manos de una señora cristiana. La rueca y el huso, segun el lenguaje de la Escritura, entran en el elogio que el Espiritu Santo hace de la mujer fuerte. Y no se alegue que esto se opone á la atencion y á la buena crianza; porque las leyes del siglo nunca pueden derogar las máximas de la Religion. Se han visto y se ven el dia de hoy señoras de la primera grandeza, princesas soberanas de mérito muy distinguido, que no saben estar sin alguna labor en las manos, en tiempo y circunstancias en que mujeres de esfera bien humilde creerian deshonorarse con semejantes ocupaciones.

2. Pero dirás que en llegando á tal estado, en hallándose uno en tal constitucion, en arribando á tal edad, ya no sabe qué hacerse. Pues qué, ¿no tienes alguna obligacion á que atender, alguna buena obra en que ejercitarte, ni alguna devocion que cumplir?

¿Es posible que haya pobres enfermos en los hospitales, pobres vergonzantes en esas casas, miserables en esas cárceles; es posible que esté Jesucristo dia y noche en esos altares, y que haya cristianos que digan no saben qué hacerse? Y es bien digno de notarse que cuando tenemos mas tiempo para amar á Dios y para servirle, entonces puntualmente es cuando no sabemos qué hacernos; porque cuando uno está sitiado y como sufocado de negocios temporales, cuando pasa dias enteros en el juego y en las diversiones, cuando solo trata de ofender á Dios y de perder su alma, entonces jamás se fastidia uno; siempre le falta tiempo. Mira, pues, con horror la ociosidad, y haz que todos tus dias sean llenos. Procura que sean útiles hasta tus inocentes desahogos, acompañándolos siempre con algun acto de virtud. ¿Vas á hacer visitas que juzgas necesarias ó convenientes? pues comienza por la del santísimo Sacramento. La leccion espiritual nutre el alma, y las visitas de los pobres en las cárceles y en los hospitales nutren la caridad. Es ocupacion muy digna de una señora cristiana emplear el tiempo y las manos en trabajar para los pobres. Nunca está ocioso el que conoce lo que vale el tiempo, el que es verdaderamente cristiano.

DIA VEINTE Y TRES.

SAN LIBERATO, MÉDICO, Y SUS COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

A Genserico, rey de los Vándalos en Africa, uno de los mas crueles perseguidores de la Religion cristiana, sucedió en la corona su hijo Hunerico, que dejó muy atrás la crueldad de su padre en la guerra que declaró á los cristianos. Llegó á ser furor su ca-

prichosa obstinacion en el arrianismo. Dió principio á la persecucion mandando desterrar á cuatro mil novecientos y sesenta y seis gloriosos confesores, consagrados todos al ministerio de los altares; hizo demoler ó profanar un prodigioso número de iglesias; quitó la vida con los mas horribles tormentos á mas de cuatrocientos mil mártires, entre los cuales fué uno de los mas ilustres nuestro san Liberato.

Era natural de Cartago, médico hábil, y de virtud tan ejemplar, que era tenido por padre de los pobres, y estimado entre los católicos por zelosísimo defensor de la pureza de la Religion. Publicóse un decreto del impío rey en que mandaba que se sacase á los hijos de las casas de sus padres para ser educados en el arrianismo, y tuvo Liberato el dolor de ver arrancar de sí á dos hijos suyos que amaba tiernamente, aunque al mismo tiempo logró el consuelo de verse él mismo desterrado por la Religion católica con lo restante de su familia.

Sentia vivamente hallarse privado de sus dos hijos, no tanto por el grande amor que les profesaba, quanto por el piadoso temor de que siendo tan tiernos se dejasen engañar de los halagos, ó cediesen á las amenazas del tirano. La consideracion de este peligro le penetró el corazon de manera que ya se le asomaban las lágrimas, cuando su mujer, tan generosa cristiana como el marido, pero quizá mas varonil, advirtiéndole la impresion que hacia en sus paternas entrañas esta durísima separacion de los hijos, le habló de esta manera: ¿Pues qué, Liberato, quieres perder tu alma por el amor desordenado de tus hijos? No pienses en ellos mas que si jamás hubieran nacido en el mundo. Jesucristo, por cuyo amor nos los arrancan de nuestros brazos, tendrá cuidado de ellos, y no permitirá que se rindan á la malignidad del tirano. ¿No los oyes como ya gritan con todas sus fuerzas: *Nosotros somos*

cristianos? Consolémonos, pues yo siento no sé qué firme confianza en el Señor de que ha de aceptar el sacrificio que le hacemos de estas inocentes victimas.

Alentado Liberato con el espíritu que le infundió su mujer, quedó con el ánimo enteramente tranquilo, sin pensar mas que en disponerse á consumir su propio sacrificio, al que estaba destinado por la barbaridad de los herejes. Estos que habian sido testigos de la magnanimidad de su heroica mujer, pusieron á los dos en cárceles separadas, y no perdonaron á tormentos ni artificios para derribar la constancia de uno y otro.

Desesperando de pervertir á aquellos generosos confesores de Jesucristo, acudieron como en triunfo á la cárcel de la mujer, y la dijeron que ya su marido se habia rendido en fin á las órdenes del rey, y abjurando la fe católica, se habia declarado por arriano. Atónita la santa mujer al oír una noticia tan no esperada, que cuidaron los herejes de revestir con todas las apariencias de verdad: *Permitidme*, dijo, *que le vea, y entonces veré yo tambien lo que he de hacer.* Sacáronla de la cárcel, y condujéronla al tribunal donde habia de ser examinada. Apenas entró en la sala, cuando vió en ella á su marido cargado de cadenas; corre á él intrépida sin poderse contener, y preocupada de lo que habia oído: *¿Es posible*, le dijo, *miserable y desdichado apóstata, que tu impiedad ha sido tanta, y tanta tu cobardía, que al fin has renegado de tu Dios? ¿Qué! ¿por una momentánea satisfaccion temporal has querido perecer eternamente? ¿De qué te servirán, infeliz, tus riquezas? Los bienes que poseerás por pocos dias, esas honras sin sustancia con que te lisonjean, ¿te librarán por ventura de las llamas eternas? ¿Y qué equivalente encontrarás á la pérdida de tu alma?* Iba á proseguir en su bien sentida reprehension, inundada toda en un mar amargo de fervorosas lágrimas,

cuando Liberato, que desde luego penetró el artificio de los herejes, mirándola con serenidad, la respondió apaciblemente: « *Bien conozco por lo que acabo de oír, que los enemigos de Jesucristo han sido tan malignos, que te han persuadido de que yo he abandonado la fe, y tú tan fácil ó tan simple que los has creído. Sosiégate, y haz reflexion á que estas cadenas, que mas me honran que me abruman, son los mas abonados fiadores de lo que creo. Soy católico por la gracia de Dios, y con ella ninguna cosa será capaz de hacerme mudar de religion. Siendo tan naturales á todo hereje la impostura y la calumnia, no podian dejar de ser muy ordinarias á los arrianos. Todo lo hemos sacrificado por amor de Jesucristo, y yo espero que este divino Salvador nos dispensará la gracia de que terminemos presto nuestra carrera por el martirio.* »

Habiendo triunfado así la fe católica á vista del tirano en la gloriosa confesion de Liberato y de su santa mujer, fueron los dos sentenciados á perder la vida en los mas crueles suplicios, en compañía de otros muchos generosos confesores de Cristo que estaban en la misma prision. Ejecutóse la sentencia; y los que no en públicos cadalsos, murieron en el destierro á manos tanto mas crueles quanto mas lentas del hambre y de la miseria.

San Victor, obispo de Vite, testigo y historiador de aquella sangrienta persecucion, refiere el martirio de un niño de siete años, que, arrancado de los brazos de la madre, á pesar de las violencias que le hacian aquellos bárbaros, gritaba sin cesar: *Yo soy cristiano, yo soy cristiano.*

El mismo santo añade que un miserable arriano, llamado Toucar ó Teucario, lector que habia sido en la iglesia, y maestro de capilla, pero entonces apóstata de la fe, viendo entre los muchos eclesiásticos que salian desterrados á doce niños de coro que

habian sido sus discipulos, quiso detenerlos, lisonjeándose de que los haria apostatar, ya con amenazas, ya con caricias, que en aquella edad suelen ser mas peligrosas; pero ni uno ni otro fué bastante á hacerlos titubear en la fe. Mostráronse intrépidos á vista de los mas horribles tormentos; y ni los halagos, ni las engañosas promesas de los herejes pudieron jamás contrastar la valerosa constancia de aquellos tiernos, pero generosos confesores de Cristo. Por mas que los molieron á palos, cubriéndolos de lastimosas heridas; por mas que de cuando en cuando se las renovaban con nuevos y exquisitos tormentos, se conservaron inmóviles en la fe; y siendo probable que espiraron al rigor de los suplicios, la iglesia de Cartago, continúa el mismo autor, los honra con tierna devocion y los respeta como doce apóstoles pequeños. Su feliz suerte es igual en el cielo; viven juntos en aquella dichosa vida que jamás ha de tener fin, y juntos cantan tambien las alabanzas del Señor, glorificándose en entonarlas por toda la eternidad.

SAN VICTORIANO, MÁRTIR.

En la misma persecucion que san Liberato, padeció martirio en Cartago san Victoriano, gobernador de esta ciudad con título de procónsul, hombre de gran poder, reputacion y crédito. Era natural de la ciudad de Adrumeto. Su integridad, circunspeccion, prudencia, juntamente con la exactitud en el manejo y conducta de su empleo, le habian granjeado el amor y el respeto de todos en Cartago y en toda la provincia; y aun el mismo Hunerico, á pesar de sus preocupaciones contra los católicos, no pudo negarse á dar público testimonio á su grande fidelidad, y al acierto con que desempeñó todos los encargos que fió á su cuidado.

Pero prevaleciendo en su ánimo el odio encarnizado que profesaba al catolicismo, se olvidó que Victoriano era un fiel vasallo y un excelente gobernador, para no mirar en él mas que al católico. Comprendiéndole como tal en las penas fulminadas en sus edictos, le intimó por orden expresa que renunciase el catolicismo, y que de lo contrario, incurriendo en su desgracia, sufriría todo el rigor de las leyes.

Recibió Victoriano la orden de Hunerico, y constante como siempre en la fe católica, le respondió en estos términos: « Bien puedes, Señor, hacerme quemar, arrojarme á las fieras, atormentarme con todo género de suplicios, y hacerme padecer todos los males que juzgues á propósito; pero jamás me harás consentir en tus ideas, ni titubear en mi fe. En vano habria yo recibido el bautismo en la iglesia católica, y profesado su antigua y verdadera creencia, si desertase de ella. Aunque no hubiera otra vida que la presente, ni esperanza de la eterna, que es sola la que merece este nombre, nunca me resolveria por una gloria vana y transitoria á faltar á la fidelidad á aquel que me fió el precioso depósito de la fe, por la que le creo y confieso Hijo de Dios vivo, de una misma esencia y poder con el Padre eterno. »

Tanto irritó al bárbaro príncipe esta generosa respuesta, que no discurria suplicios bastante crueles para atormentar al procónsul. Efectivamente tentó su constancia y probó su valor con diferentes é inauditas crueldades, las cuales solo sirvieron para recomendar mas y mas su fe y gloriosos triunfos, y de mayor confusion para el tirano, que cuanto mas se ensangrentaba como una fiera en redoblar los tormentos, tanto mas notaba en medio de ellos á Victoriano lleno de alegría, bendiciendo al Señor, puestos los ojos en el cielo, manifestándole en el gozo que brillaba en su semblante, que mas bien le servian sus castigos de recreo

que de tormento. En fin, á fuerza de sus violencias terminó su feliz carrera el esforzado militar de Jesucristo, y consiguió por este medio la corona del martirio en el dia 23 de marzo del año 484.

Desde el instante que consumó Hunerico el sacrificio del procónsul, principió á padecer unos dolores terribles que le mortificaban sin ninguna intermision: justa pena con que la justicia divina castigó á este bárbaro príncipe, el cual murió en el año siguiente de 485, comido de gusanos, y con tan vehementes dolores, que, segun san Gregorio de Turs, llegó á comerse las manos de rabia; y aun añade san Isidoro que, arrojando por la boca las entrañas, despidió su infeliz alma como Arrio, por haber sostenido con tanto empeño su herejía, vengando Dios de este modo sus crueldades para con los santos confesores de la divinidad de Jesucristo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En África, los santos mártires Victoriano, procónsul de Cartago, dos hermanos de la ciudad de Acuaregia, y dos mercaderes llamados Frumencio, los cuales en la persecucion de los Vándalos, como escribe Victor, obispo africano, en tiempo de Hunerico, rey arriano, porque confesaron constantemente la fe católica, fueron muy cruelmente atormentados, y esclarecidamente coronados.

Además, en África, san Fidel, mártir.

Allí mismo, san Félix, y otros veinte.

En Cesarea de Palestina, los santos mártires Nicon, y otros noventa y nueve.

El mismo dia, los santos mártires Domicio, Pelagia, Aquilas, Eparcio y Teodosia.

En Antioquia, san Teódulo, presbitero.

En Cesarea, san Julian, confesor.

En Campania, san Benito monje, al cual, habiéndole encerrado los Godos en un horno encendido, al día siguiente le hallaron sin daño alguno.

En Lima, en el reino del Perú, santo Toribio, arzobispo, con cuya virtud fué propagada en América la fe y la disciplina eclesiástica.

Su festividad se celebra en este día en Lima; pero la fija el Martirologio romano al día 27 de abril.

La misa es del comun de los mártires, y la oracion es la siguiente.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui gloriosos martyres fortes in tua confessione cognovimus; pios in nostra intercessione sentiamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que experimentemos piadosos en nuestro patrocinio á aquellos gloriosos mártires que veneramos valientes en tu firme confesion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 2 del libro de la Sabiduria.

Dixerunt impii : Opprimamus pauperem justum, et non parcamus viduæ. Circumveniamus ergo justum, quoniam inutilis est nobis, et contrarius est operibus nostris, et improperat nobis peccata legis, et diffamat in nos peccata disciplinæ nostræ. Factus est nobis in traductionem cogitationum nostrarum.

Dijeron los impíos : Oprímamos al justo que es pobre, y no perdonemos á la viuda. Pongamos, pues, asechanzas al justo, porque para nosotros es incómodo, y es contrario á nuestras obras, y nos echa en cara los pecados contra la ley, y propala contra nosotros los defectos de nuestra doctrina. Se ha hecho para nosotros censor de nuestros pensamientos.

NOTA.

« Los mas célebres padres de la Iglesia, y entre ellos » san Agustin, hablan del libro de la Sabiduria, que » los Griegos llaman *la sabiduria de Salomon*, como

» de un libro en que se deja como palpar el Espiritu » Santo en cada palabra. El texto hebreo de este libro » ha muchos siglos que no parece. »

REFLEXIONES.

Oprimamos al justo, porque es un censor incómodo, importuno, hasta de nuestros mismos pensamientos, con la pureza de sus costumbres y con la arreglada conducta de su vida : *Opprimamus justum... quoniam inutilis est nobis, et contrarius est operibus nostris, et improperat nobis peccata legis.* Estos son todos los motivos de queja que dan los buenos á los impíos; esto lo que pone de tan mal humor á los disolutos contra los devotos. La virtud se hace intolerable al que no la tiene.

Que una devocion fingida irrite los ánimos y mueva la indignacion de todo el mundo, cosa justísima; no la hay mas puesta en razon. Los hipócritas son la abominacion de Dios, y deben ser la execracion de todo hombre de bien. Pero que se haga la guerra á la verdadera piedad; que la virtud cristiana padezca una especie de persecucion en medio del cristianismo; es de aquellas cosas que solo la experiencia puede hacerlas creibles, y que igualmente se oponen á la Religion que á la razon.

Una dama jóven, por ejemplo, palpando la vanidad de los frivolos pasatiempos del mundo, alumbrada de luces superiores y movida eficazmente de la divina gracia, se declara por el partido de la virtud. ¡ Buen Dios, qué molestas quemazones tiene que sufrir, qué duras mortificaciones que padecer, qué mordaces censuras que tolerar ! Mucho cuesta la victoria de las pasiones; pero no siempre es esto lo que cuesta mas. Una virtud tierna y recién nacida nunca está mas á prueba que cuando se ve expuesta á las malignas, á

las satíricas zumbas de los disolutos, y lo que se hace aun mas sensible, á los indiscretos reparos de los que pasan plaza de devotos.

Pero suceda por desdicha lo contrario. Otra Jamanca de la misma edad y circunstancias, engañada miserablemente de las brillantes apariencias que embelesan, de aquellas lisonjeras esperanzas con que el mundo alimenta vanamente á los que le sirven, entre por el camino ancho de la perdicion, y entréguese aturdidamente á las perniciosas máximas del mundo: nadie habla palabra; y por poco que sobresalga en aquellas prendas mundanas, tan peligrosas para la salvacion, se la aplaude y se la alaba: sus padres son los mas ardientes en fomentar su pasion, por mas que cueste el mantener su profanidad y aumentar su brillantez; la familia es la primera que celebra su resolucion. ¿Sobresale en el baile, en la danza? todos á competencia la llenan de lisonjas; mientras una virtud ejemplar enfada, da en rostro, y no pocas veces es asunto de risa. ¿Brilla uno en el mundo, esto es, se pierde con bizarría, y mete mucho ruido? eso es tener entendimiento, discrecion, espíritu, habilidad y mérito. Pero suceden á esos modales orgullosos y desenfadados otros modales circunspectos, encogidos y modestos; es falta de espíritu, es obra de hipocondría, es bajeza de ánimo, es pusilanimidad, es cortedad de entendimiento. Si los gentiles discurriesen y obrasen así, causarían lástima á cualquiera hombre de razon; pero que los cristianos, iluminados con las luces de la fe, instruidos en la escuela de Jesucristo, razonen y procedan de esta manera, es un misterio de iniquidad en que se pierde el entendimiento, pero que ya se comprenderá demasadamente bien á la hora de la muerte.

El evangelio es del cap. 21 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis: Trademini autem á parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte afficient ex vobis: et eritis odio omnibus propter nomen meum; et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Seréis entregados por los padres, por los hermanos, por los parientes y por los amigos, y á algunos de vosotros darán muerte: y seréis odiosos á todos por mi nombre; pero no perecerá un cabello de vuestra cabeza. Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas

MEDITACION.

DE LAS CONTRABICIONES QUE DEBEN ESPERAR LOS JUSTOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que aunque sean muy amargas las mortificaciones que se padecen desde que se toma la seria resolucion de dedicarse á la virtud sólidamente, ninguna cosa es mas útil á los virtuosos que esta multitud de contradicciones, y que ninguna les es mas saludable. Ellas sirven de antidoto contra el veneno del amor propio; nada conduce mas para quitar las fuerzas, para corregir la lozanía de las pasiones.

El remedio, á la verdad, es amargo; pero es eficaz. Cosa dura es ser el objeto de la malignidad del corazon humano, de la zumba y de la risa. Si entre todos los partidos que se pueden abrazar fuera el peor el de la virtud, ¿pudiéranse encontrar en él mas contradicciones ni tropiezos? A excepcion de algunos pocos hombres de juicio que alaban tu resolucion, y aplauden secretamente tu buen gusto, ¿cuántos inicuos censores, cuántos críticos malignos interpretan siniestramente tus mejores acciones, atribuyendo á